

Del umbral al sótano, pasando por la cocina

Recensión realizada dentro del proyecto El acceso femenino a la sociedad del conocimiento en España (HAR2014-58342-R) financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España, como Personal Investigador en Formación en la Universidad de Salamanca bajo el programa de Formación del Profesorado Universitario (FPU15/00627) del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte del Gobierno de España.

Herranz Pascual, Yolanda; Gil Rodríguez, Ana, Hogares: duelos y naufragios. Lugares de perturbación e inquietud en la creación artística actual. Pontevedra: Diputación de Pontevedra, 2014.



Yolanda Herranz
Nido de Amor, 1989.



Ana Gil
Sumideros I, 2004.

A través del habitar el ser humano ha encontrado el modo de vincularse con el mundo, al mismo tiempo que a precisar de una organización donde la lucha por el poder ha sido siempre una constante. Dentro de las relaciones humanas se han establecido categorías que sistematizan los patrones de conducta de y entre las personas, llegando a concebirse la noción política de *sujeto socialmente construido*.

Uno de esos conceptos categóricos que ocupa una posición central e insoslayable en la construcción de las sociedades contemporáneas sería el de *género*. Un engranaje asistido por las fuerzas del poder que actúa desde el nacimiento de cada ser humano asignándoles unos patrones de comportamiento en base a su sexo [presuntamente]

biológico –si bien atiende a un orden biopolítico–, para posteriormente ser vinculado al género binarizado de orden heterosexual: masculino-femenino.

Surge de este modo una correspondencia entre el género y el sexo que hace aflorar la noción de una *realidad socialmente construida*: la constitución de un *medio social* que se organiza en torno a un compendio de normas socioculturales.

Sin embargo las desgastadas relaciones binarias de *hombre-mujer, masculinidad-feminidad y heterosexualidad-homosexualidad* que se ven delimitadas por la norma, no suponen una identidad estable y eterna, pues no constituyen identidades en sí; tan sólo representan patrones mediados. Será en la relación con los *Otros* [los *Invisibles* o los *Silenciados*] como se genera una fisura en la *realidad construida*.

A esa *grieta* aluden precisamente Yolanda Herranz y Ana Gil en *Hogares: duelos y naufragios. Lugares de perturbación e inquietud en la creación artística actual*, con la esperanza de transgredir el hecho histórico de que *la casa* sea el lugar *natural* para la mujer. En ese sentido existe una responsabilidad y un compromiso de negociar a cada instante los términos que posibilitan una vida humanamente habitable.

En 1823 John Howard Payne y Rowley Bishop compusieron para la ópera *Clari, or the Maid of Milan* [*Clari o la doncella de Milán*] la locución *Home! Sweet Home!*: “Give me, oh, give me, the pleasures of home. / Home, home, sweet, sweet home! / There’s no place like home, oh, there’s no place like home! [Dame, oh, dame, los placeres del hogar. / ¡Hogar, hogar, dulce, dulce hogar! / ¡No hay lugar como el hogar, oh, no hay lugar como el hogar!]”. Una expresión que aún hoy se mantiene viva en el terreno de lo popular, habitualmente leída en felpudos y artículos “decorativos”; y que al cuestionarla surge la posibilidad de considerar el espacio fisiológico de *la casa* como un potencial espacio de internamiento. Se trata de pensar el hogar, en un sentido freudiano, como aquel lugar donde *lo familiarmente extraño* [*Das Unheimlich*] acontece, desvelándose con ello la doble identidad de sus habitantes: la exhibida en el territorio de lo público y la mostrada en el ámbito privado.

Lo que Herranz y Gil vienen a proponer es en realidad un paseo por *la casa* como ente con vida propia. Un sinuoso recorrido ilustrado a través de reflexiones artísticas que, al tiempo que [re]presentan *lo real*, lo [re]interpretan posibilitando una *realidad-otra*.

La casa, por su propia estructura amparada en los condicionantes del espacio privado, actúa como un testigo silencioso que encierra y oculta todo lo que sucede en su interior. Es decir, la salvaguarda de su privacidad la convierte en un sólido instrumento que invisibiliza la identidad de sus habitantes respecto al exterior. Se habla entonces de aquella casa que ha tenido a la mujer prisionera y exiliada como fruto de falsas promesas de felicidad y protección.

Se antoja necesario, por tanto, un libro en el que se requiere y se pretende ir hacia una *casa vacía de obligaciones*. Una casa que se convierta, al fin, en un territorio donde se rompan las jerarquías que el poder patriarcal ha venido estableciendo a lo largo de la historia para expulsar a las mujeres de los ámbitos de libertad.

Así, el primer capítulo “Reflexiones en torno al hogar” realiza un acercamiento etimológico y mitológico al término *hogar*, derivaciones, todas ellas, en torno al fuego y la absorbente tarea de mantener vivas sus ascuas, imposibilitando ninguna otra dedicación de cara al exterior; para seguidamente hablar del espacio privado de la casa (*oikos*) frente al espacio público (*polis*) o la esfera social, algo de lo que se ha encargado históricamente de diferenciar la sociedad patriarcal mediante una división de la política y las tareas del hogar. El lugar de las mujeres en la sociedad no

ha sido elegido, sino impuesto por las diferentes formas de poder, relegándolas a un permanente exilio entre los muros de la casa, que entre *sudor y lágrimas*, sacrifican su felicidad en pro de los demás [pues es evidente que el fuego del hogar puede ser avivado por unos y por otros].

Tras el análisis del binomio espacio público y espacio privado, poniendo en el punto de mira el confinamiento de la mujer en el ámbito doméstico, Herranz y Gil ponen de relieve, en el segundo capítulo “El hogar como exilio latente”, cómo esto ha sido entendido a modo de un acto de salvación de la mujer frente a los peligros externos, hecho que no ha permitido inferir el fenómeno de reclusión en tanto un acto de violencia, sino como un signo de protección.

Al adentrarse en la casa uno es consciente de los valores simbólicos que operan en cada una de las habitaciones, especializadas en una determinada necesidad. En el tercer capítulo, “El espacio doméstico del desasosiego en la creación artística contemporánea”, se plantean una serie de voces artísticas, presentadas en clave de miradas que indagan en las entrañas de la casa. Un recorrido que comienza en el umbral, en el tránsito entre dos mundos—el exterior y el interior—, con representaciones como *Two Home Homes* [Hogar de dos casas] de Dan Graham; adentrándose acto seguido en el vestíbulo de la mano de Miriam Bäckström y su pieza *Scenografier / Set constructions* [Escenografía / Conjunto de construcciones]; perdiéndose por el *Passage dangereux* [Pasaje peligroso] de Louise Bourgeois que suponen los pasillos y las escaleras que dan acceso al resto de las dependencias. Habitaciones como la cocina retratada por Mona Hatoum en su *Homebound* [Hogar]; o el paso del tiempo transcurrido en el rincón destinado a las labores del hogar del que Ghada Amer habla en *Private Rooms* [Habitaciones privadas]; o el depósito residual que supone el baño como representa Judy Chicago en *Menstruation Bathroom* [Menstruación en el baño]; pasando por estancias para la proyección social dentro del ámbito privado como son los salones, que terminan en ocasiones por convertirse en *El campo de batalla* que Curru Ulzurum propone; o el dormitorio como territorio íntimo para el descanso, el placer sexual, los sueños, la violencia o el fallecimiento, ironizado por Sarah Lucas en *An Naturel* [Al natural]. Tan sólo las puertas y las ventanas se muestran como aquellos elementos tentadores para la huída que se antoja al ver *El árbol de la vida* de Concha Sáez. Terminando el sinuoso recorrido ante el tenebroso espacio que supone el sótano o el trastero, donde se guarda lo inservible, como en *Para acabar aún* de MP & MP Rosado.

La casa termina por mostrarse como un lugar propio, concreto y personal, donde el habitante lleva a cabo la recreación de su propia concepción del mundo, de manera que existe un cierto efecto reflejo. Así el hecho de habitar la casa se convierte en una acción de vivir, conllevando una revolución largamente soñada.

Una exhaustiva reflexión la planteada en este libro sobre la condición humana o de la relación dada entre la vida y el arte, sobre como éste logra modificar el terreno de *lo real* para convertirlo en un lugar simbólico que representa el estigma de *la posibilidad*.

Miguel González-Diez